

El postillón cumplió su palabra : hizo cuanto cabía en lo humano para que se hiciese pedazos el carruaje, igualmente que para llegar.

Veinte veces cayó Gilberto sobre su compañera, y otras tantas cayó ésta en los brazos de Gilberto.

Éste supo ser cortés sin ser molesto. Supo reprimir la sonrisa de sus labios, mientras sus ojos decían á la joven que era muy bella.

De los vaivenes de los carruajes y de la soledad pronto se engendra la amistad. Al cabo de dos horas de camino de travesía, parecía á Gilberto que hacía diez años conocía á su compañera, y ésta, por su parte, habría jurado que conocía á Gilberto desde su nacimiento.

Á eso de las once, entraron en el camino real de Vitry á Chalons. Preguntaron á un correo, y dijo éste que la Delfina no sólo se desayunaría en Vitry, sino que se hallaba tan fatigada que descansaría allí dos horas.

Añadió que le habían enviado al próximo relevo para advertir que estuviesen preparados los tiros para las tres ó las cuatro de la tarde.

Esta noticia colmó de gozo á la viajera, la cual dió al postillón los dos luises prometidos, y volviéndose hacia Gilberto :

— ¡ Ah ! ¡ en verdad que también nosotros hemos de comer en el próximo relevo ! exclamó.

Pero estaba decidido que Gilberto se había de quedar sin comer aun en aquel relevo.

XIX

En donde se hace conocimiento con otro personaje

En lo alto de la montaña que la silla de posta iba subiendo, se percibía el pueblo de La Chaussée, en donde debían relevar.

Componíase de una pintoresca confusión de casas cubiertas de rastrojo, y situadas según el capricho de los habitantes, en medio del camino, en el ángulo de un espeso bosque, al alcance de una fuente, y siguiendo muchas de ellas la pendiente del gran arroyo de que hemos hablado, y sobre el cual había delante de cada casa puentes ó tablones.

Pero, en aquel momento, lo más notable de aquel lindo pueblecito era un hombre que, plantado, agua abajo del arroyo, en medio del camino, cual si hubiese recibido alguna consigna de un poder superior, pasaba su tiempo, ya en mirar con codiciosos ojos al camino real, ya en explorar con la vista un hermoso caballo tordo de largas crines que, atado á la contraventana de una cabaña, conmovía las chillas á cabezadas, manifestando una impaciencia que parecía debía hacer excusar la silla que tenía sobre el lomo, la cual anunciaba que estaba aguardando á su dueño.

De vez en cuando, fatigado el extranjero de explorar, como hemos dicho, inútilmente el camino, se acercaba al caballo y lo examinaba como inteligente, aventurándose á pasar una mano ejercitada por su

carnosa grupa, ó á tentar con la punta de los dedos sus maltratadas piernas. Luego, evitando la cox que á cada tentativa de esta especie alargaba el impaciente animal, se volvía á su observatorio é interrogaba al camino que seguía desierto.

En fin, no viendo venir á nadie, acabó por llamar á la contraventana.

— ¡Hola! ¿hay alguno? gritó.

— ¿Quién llama? preguntó una voz de hombre, abriéndose al mismo tiempo la ventana.

— Señor, si su caballo está de venta, aquí tiene un buen comprador.

— Bien ve usted que no tiene un ramo de paja á la cola, dijo uno como paisano, volviendo á cerrar la contraventana que había abierto.

Esta respuesta no pareció satisfacer al extranjero, porque llamó por segunda vez.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto y robusto, de color encarnado, barba azul y mano nudosa bajo un ancho puño de encaje. Llevaba un sombrero galoneado puesto en facha, á la manera de los oficiales de provincia que quieren espantar á los parisienses.

Llamó por tercera vez, y luego impacientándose:

— ¿Sabe usted, que no es usted nada atento, amigo? le dijo, y que si no abre usted su ventana, voy á echarla abajo.

Volvió á abrirse la ventana, y se presentó en ella la misma cara.

— Pero, cuando le dicen á usted que el caballo no está de venta, respondió por la segunda vez el paisano, ¡qué diablo! debe bastarle.

— ¡Eh! y cuando yo le digo á usted que tengo necesidad de un caballo corredor!

— Si tiene usted necesidad de un caballo corredor, vaya á tomarlo á la posta, pues hay allí sesenta que

salen de las cuadras de S. M., y tendrá en que escoger, pero deje usted su caballo al que no tiene más que uno.

— Y yo repito á usted que es ese el que quiero.

— ¡Lindo capricho! ¡un caballo árabe!

— Razón más para que yo desee comprarlo.

— Es posible que tenga usted gana de comprarlo, pero desgraciadamente no está de venta.

— Pero entonces, ¿quién es su dueño?

— Muy curioso es usted.

— Y tú muy discreto.

— Y bien; es de una persona que está hospedada en mi casa, y ama á este animal cual amaría á un hijo.

— Quiero hablar á esa persona.

— Está durmiendo.

— ¿Es hombre ó mujer?

— Es una mujer.

— Pues bien; di á esa mujer que si tiene necesidad de quinientas pistolas, se las daré por el caballo.

— ¡Oh, oh! exclamó el paisano abriendo desmesuradamente los ojos, ¡quinientas pistolas! ¡Es una linda suma!

— Si quieres, puedes añadir que es el rey quien desea el caballo.

— ¿El rey?

— En persona.

— ¡Vamos, no se chancee usted: puede que no sea usted el rey!

— No lo soy, pero lo represento.

— ¿Vos representáis al rey? dijo el paisano sacando el sombrero.

— Despache usted pronto, amigo mío, porque el rey tiene mucha prisa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y el Hércules dirigió una vigilante mirada hacia el camino.

— Pues bien; cuando despierte la señora, dijo el paisano, podéis descuidar, ya le diré dos palabras.

— Sí, pero yo no tengo tiempo para esperar á que despierte.

— Pero entonces, ¿qué hacer?

— ¡ Con mil diablos! despiértela usted.

— ¡ Ah! eso sí que no.

— Pues bien; voy yo mismo á despertarla. Aguarda, aguarda.

Y el personaje que pretendía representar á S. M., corrió á llamar á la ventana superior con un grande látigo de puño de oro que traía en la mano.

Pero su mano, levantada ya, se bajó sin tocar siquiera en la ventana, porque en el mismo instante percibió una silla de posta que llegaba al grande, pero último trote de tres cansados caballos.

El ejercitado ojo del extranjero reconoció los tableros del carruaje, y se lanzó al momento á su encuentro, á un correr que haría honor al caballo árabe cuya posesión parecía ambicionar.

Aquel carruaje era la silla de posta en que iba la viajera, ángel custodio de Gilberto.

Al ver á aquel hombre que le hacía señas, el postillón, que no sabía si sus caballos podrían llegar hasta la posta, quedó encantado de pararse.

— ¡ Chon! ¡ mi buena Chon! gritó el extranjero. ¡ Al fin eres tú! ¡ Buenos días! buenos días!

— Yo misma, Juan, respondió la viajera interpelada por ese singular nombre; ¡ y qué haces tú ahí?

— ¡ Caramba! ¡ pues no está mala la pregunta! Te estaba aguardando.

Y el Hércules saltó sobre el estribo, y por la aber-

tura de la portezuela, envolviendo á la joven en sus largos brazos, la cubrió de besos.

De repente percibió á Gilberto, quien, no conociendo ninguna de las relaciones que podían existir entre los dos nuevos personajes que acabamos de sacar á la escena, presentaba una cara hosca bastante parecida á la de un perro á quien quitan un hueso.

— ¡ Calla! dijo, ¿ qué es lo que traes ahí?

— Un pequeño filósofo de los más entretenidos, respondió la señorita Chon sin cuidarse mucho de herir ó lisonjear á su protegido.

— ¿ Y en dónde le has encontrado?

— En el camino. Pero esto no es del caso.

— Tienes razón, respondió aquel á quien llamaba Juan. Y bien, vuestra vieja condesa de Bearn.

— Está corriente.

— ¿ Cómo es eso de está corriente?

— Sí, vendrá.

— ¿ Vendrá?

— Sí, sí, sí, hizo con la cabeza la señorita Chon.

Esta escena pasaba desde el estribo hasta el almohadón de la silla de posta.

— ¿ Pues qué le has contado tú? preguntó Juan.

— Que yo era la hija de su abogado maestre Flageot, que pasaba por Verdun y que tenía la comisión de anunciarla de parte de mi padre, que estaba señalado para la vista su pleito.

— ¿ Y nada más que eso?

— Sin duda. Solamente que he añadido que esa circunstancia hacía indispensable su presencia en París.

— ¿ Y entonces que ha hecho?

— Abrió sus ojos garzos, sorbió su tabaco, pretendió que maestre Flageot era el hombre más excelente del mundo, y dió órdenes para su marcha.

— ¡ Soberbio, Chon ! Te hago mi embajador extraordinario. Ahora, ¿ vamos á almorzar ?

— Sin duda, porque esta infeliz criatura se está muriendo de hambre, pero lo haremos muy de prisa, ¿ no es verdad ?

— ¿ Y por qué ?

— Porque llegan por allá abajo

— ¿ La vieja pleitista ? ¡ bah ! Con tal que la precedamos dos horas, el tiempo para hablar al señor de Maupeou.

— No, la Delfina.

— ¡ Bah ! la Delfina debe estar aun en Nancy.

— Está en Vitry.

— ¿ Á tres leguas de aquí ?

— Ni más ni menos.

— ¡ Peste ! eso cambia la tesis. Vamos, postillón, vamos.

— ¿ Adónde, señor ?

— Á la posta.

— ¿ Entra usted, ó se apea ?

— Quedo conforme estoy. ¡ Siga usted !

El carruaje partió llevando al viajero sobre el estribo, y cinco minutos después se paraba delante de la posta.

— Pronto, pronto, pronto, dijo Chon. Costillas, un pollo, huevos, una botella de vino de Borgoña, cualquiera cosa ; pues tenemos que marchar al instante mismo.

— Perdone usted, señora, dijo el maestro de postas adelantándose al umbral de la puerta, si ustedes se marchan al instante mismo, lo harán con sus caballos.

— ¿ Qué es eso de hacerlo con nuestros caballos ? dijo Juan saltando pesadamente del estribo.

— Sí, sin duda, ó con los que los han traído.

— Eso sí que no, dijo el postillón, ya han doblado

la posta ; vea usted en qué estado están estos pobres animales.

— ¡ Oh, eso es verdad ! dijo Chon ; es imposible que vayan más lejos.

— ¿ Pero quién le impide á usted el darme caballos de refresco ?

— El que no tengo más.

— ¡ Eh ! debe usted tenerlos... ¡ Qué diablos ! hay un reglamento.

— Caballero, el reglamento me previene que tenga quince caballos en mis cuadras.

— ¿ Y bien ?

— Y bien ; tengo diez y ocho.

— Son más de los que le pido, puesto que no necesito más que tres.

— Sin duda, pero están afuera.

— ¿ Todos los diez y ocho ?

— Todos los diez y ocho.

— ¡ Por vida de mil diablos ! dijo el viajero.

— ¡ Vizconde ! ¡ vizconde ! dijo la joven.

— Sí, sí, Chon, repuso el matamoros : no te inco-modes, todo se arreglará. ¿ Y cuándo llegan sus rucios ? continuó el vizconde dirigiéndose al maestro de postas.

— ¡ Diantre ! caballero mío, no sé nada ; eso depende de los postillones ; acaso en una hora, tal vez en dos.

— ¿ Sabe usted, maestro, dijo el vizconde Juan calándose el sombrero sobre la oreja izquierda, y doblando la pierna derecha, sabe usted ó no que yo no me chanceo nunca ?

— Lo siento en el alma, pues preferiría que el humor de usted fuese de chanza.

— Ea, vamos ; que enganchen cuanto antes, dijo Juan, ó me enfado.

— Venga usted conmigo á la cuadra, caballero, y si

usted halla un solo caballo en el pesebre, se lo doy de balde.

— ¡Cazurro! ¿y si hallo sesenta?

— Será absolutamente como si usted no hallara uno solo, caballero, puesto que esos sesenta caballos son de S. M.

— ¿Y bien?

— ¡Y bien! esos caballos no se alquitan.

— ¿Entonces para qué están aquí?

— Para el servicio de la señora Delfina.

— ¡Cómo! ¿sesenta caballos al pesebre, y ni uno siquiera para mí?

— ¡Diantre! usted comprende.

— No comprendo más que una cosa, y es que estoy de prisa.

— Es desagradable.

— Y, continuó el vizconde sin inquietarse de la interrupción del maestro de postas, como la señora Delfina no llegará aquí hasta la noche.....

— ¿Dice usted?... repuso el maestro de postas aturdido.

— Digo que volverán aquí los caballos antes que llegue la señora Delfina.

— Caballero, exclamó el pobre hombre, ¿pretendería usted por casualidad.....

— ¡Con mil diablos! respondió el vizconde entrando bajo el corbetizo, ¡mucho me molestaré! ¡Aguarda!

— Pero, caballero.....

— Tres solamente. Yo no pido ocho caballos como las AA. RR. aunque tengo derecho á ello... á lo menos por parentesco; no, me bastan tres.

— Pero usted no llevará ni uno solo, exclamó el maestro de postas lanzándose entre los caballos y el extranjero.

— ¡Seo pillo! dijo el vizconde palideciendo de cólera, ¿sabes tú quién soy?

— ¡Vizeconde, gritaba la voz de Chon, vizconde, en nombre del cielo! ¡no des escándalo!

— Tienes razón, mi buena Chon, tienes razón.

Luego después de un momento de reflexión:

— Vamos, dijo, dejémonos de palabras, y vamos á los hechos.

Entonces, volviéndose hacia el maestro de postas con el aire más agradable del mundo:

— Querido amigo, le dijo, voy á poner á cubierto su responsabilidad.

— ¿De qué modo? preguntó el maestro de postas, poco tranquilo aun, á pesar del aire amable de su interlocutor.

— Voy á servirme yo mismo. He aquí tres caballos de talla perfectamente igual. Los cojo.

— ¡Cómo! ¿usted los coge?

— Sí.

— ¡Y llama usted á eso poner á cubierto mi responsabilidad?

— Sin duda; usted no los ha dado, se los han cogido.

— Pero si digo á usted que es imposible.

— Eso lo veremos. ¿En dónde están los arneses?

— ¡Nadie se mueva! gritó el maestro de postas á los dos ó tres criados que andaban por el patio y bajo los cobertizos.

— ¡Ah, tunantes!

— ¡Juan! ¡mi querido Juan! gritó Chon, que por la abertura de la puerta veía y oía cuanto pasaba. ¡No hagas locuras, amigo mío! Estando de misión hay que saber sufrir.

— Todo, menos el retardo, dijo Juan con la mayor flemma que pudo. Así, como me retardaría si aguardase

á que estos tunantes me ayudasen á hacer el trabajo, voy á hacerlo yo mismo.

Y diciendo y haciendo, descolgó Juan sucesivamente de la pared tres arneses que colocó sobre el lomo de tres caballos.

— ¡ Por piedad, Juan, gritó Chon juntando las manos, por piedad !

— ¿ Quieres llegar á tiempo, si ó no ? dijo el vizconde rechinando los dientes.

— ¡ Sin duda que quiero llegar ! Si no llegamos, Tom es perdido.

— Pues bien, entonces déjame hacer.

Y el vizconde, separando de los otros caballos los tres que había escogido, y que no eran los peores, se dirigió hacia la silla de posta llevándolos de la rienda.

— ¡ Piense usted en lo que hace, caballero, piénselo usted bien ! gritaba el maestro de postas siguiendo á Juan. Es un crimen de lesa majestad el robo de esos caballos.

— Yo no los robo, imbécil, los tomo prestados y nada más. ¡ Avanzad, negritos míos, avanzad !

El maestro de postas se lanzó á las riendas, pero antes que las tocase fué rechazado rudamente por el extranjero.

— ¡ Hermano mío, hermano mío ! gritó la señorita Chon.

— ¡ Ah, es su hermano ! murmuró Gilberto respirando con más libertad en el fondo del carruaje.

En este momento abrióse una ventana precisamente enfrente de la puerta de la casa de posta, del otro lado de la calle, y asomóse á ella una admirable cara de mujer, muy asustada con el ruido que oía.

— ¡ Ah, es usted, señora ! dijo Juan variando de conversación.

— ¡ Cómo yo ! respondió la joven señora en mal francés.

— ¡ Está usted ya despierta ! Tanto mejor. ¿ Quiere usted venderme su caballo ?

— ¿ Mi caballo ?

— Sí, el caballo tordo, el árabe que está atado allí á la ventana. Ya sabe usted que le doy por él quinientas pistolas.

— Mi caballo no está de venta, caballero, dijo la joven cerrando la ventana.

— Vamos, hoy no estoy de suerte, dijo Juan; ni quieren venderme caballos, ni alquilármelos. ¡ Diablo ! yo tomaré el árabe si no me lo venden, y reventaré los merklemburgenses si no me los alquilan. Patricio, ven aquí.

El lacayo del viajero saltó de lo alto del pescante del coche á tierra.

— Engancha, dijo Juan al lacayo

— ¡ Aquí los mozos de cuadra ! ¡ aquí ! gritó el maestro de postas.

Acudieron dos palafreneros.

— ¡ Juan ! ¡ Vizconde ! gritó la señorita Chon, agitando en el carruaje que en vano trataba de abrir : ¿ estás loco ? ¿ Vas á hacer que nos maten á todos ?

— ¡ Matar ! nosotros somos los que los mataremos, no lo dudes ! Somos tres contra tres. Vamos, joven filósofo, gritó Juan con todos sus pulmones á Gilberto, que no se movía, tan grande era su estupor. ¡ Vamos á tierra ! ¡ á tierra ! y sirvámonos de alguna cosa, ya del bastón, ya de piedras, ó del puño. Baje usted, pues, ¡ caramba ! Parece usted un santo de yeso.

Con una mirada inquieta y suplicante á la vez, Gilberto interrogó á su protectora, la cual le detuvo por el brazo.

El maestro de postas se desgañitaba gritando, ti-

rando de su lado por los caballos que Juan arrastraba del otro.

Este trío formaba el más lúgubre y ruidoso de los conciertos.

En fin, la lucha debía tener un término. El vizconde Juan, fatigado, hostigado, fuera de sí, alargó al defensor de los caballos tan ruda puñada, que fué éste rodando por la charca en medio de los patos y los gansos espantados.

— ¡ Socorro ! gritó. ¡ Que me matan ! ¡ al asesino !

Entretanto, el vizconde, que parecía comprender el valor del tiempo, se apresuraba á enganchar.

— ¡ Socorro ! ¡ que me matan ! ¡ al asesino ! ¡ Socorro, en nombre del rey ! continuaba gritando el maestro de postas, tratando de que acudiesen los dos palafreneros embobados.

— ¿ Quién pide socorro en nombre del rey ? exclamó de súbito un caballero que entró á galope en el patio de la casa de posta, y paró su caballo espumando de sudor sobre los actores de la escena.

— ¡ El señor Felipe de Taverney ! murmuró Gilberto agazapándose cuanto pudo en el fondo del carruaje.

Chou, que no perdía nada de cuanto pasaba, oyó el nombre de aquel joven.

XX

El vizconde Juan

El joven teniente de los gendarmes-delfines, pues era él, saltó de su caballo, al aspecto de la extraña escena que comenzaba á reunir al rededor de la casa de posta á todas las mujeres y chiquillos del pueblo de La Chaussée.

Al ver á Felipe, el maestro de postas fué, por decirlo así, á echarse á las rodillas de aquel inesperado protector que la Providencia le enviaba.

— ¡ Caballero oficial ! exclamó, ¿ sabe usted lo que pasa ?

— No, respondió friamente Felipe ; pero me lo dirá usted, amigo mío.

— Y bien ; quieren tomar á la fuerza los caballos de la señora Delfina.

Felipe aguzó las orejas como á quien anuncian una cosa increíble.

— ¿ Y quién es el que quiere tomar los caballos ? preguntó.

— Ese caballero, dijo el maestro de postas.

Y señaló con el dedo al vizconde Juan.

— ¿ El señor ? repitió Felipe.

— ¡ Eh ! ¡ diablo ! Sí, yo mismo, dijo el vizconde.

— Usted se equivoca, dijo Taverney sacudiendo la cabeza ; es imposible ; ó el señor está loco, ó no es un caballero.